

ORTEGA Y LA ARGENTINA

ROSA MARIA MARTINEZ DE CODES
Universidad Complutense

Con motivo del centenario del nacimiento del filósofo español José Ortega y Gasset, me propongo destacar el singular papel que le corresponde en la historiografía de las ideas argentinas. No trato con ello de ofrecer un enfoque parcial y mostrar a Ortega y Gasset como motor fundamental del amplio movimiento historicista que en la década de los años 40 va a posibilitar la formulación de una historia de las ideas, primero en la Argentina y después en México, sino de señalar el impacto que las teorías historicistas de Ortega —el circunstancialismo y el generacionalismo— van a provocar en los discípulos de los fundadores de la historiografía argentina.

Los tres viajes que el filósofo español realizó a este país americano —dos, de meses, en 1916 y 1928, y el tercero, desde agosto de 1939 hasta el 9 de febrero de 1942— deben explicarse dentro del marco de desarrollo que el pensamiento filosófico experimentó en la Argentina entre los años 1900 y 1960.

Asimismo, junto a los viajes de Ortega, cabe señalar toda una serie de sucesos, de importancia e influen-

cias diversas, algunos consecuencia directa de su estancia en Buenos Aires, que nos permiten diferenciar tres periodos en la evolución interna del pensamiento filosófico en la Argentina: I) De 1900 a 1919; II) De 1920 a 1930, y III) De 1930 a 1960.

El primer periodo se va a caracterizar por una profunda reacción antipositivista y por el surgimiento de una historiografía de las ideas filosóficas cuyos máximos exponentes fueron José Ingenieros y Alejandro Korn. Hacia 1910 se comenzaron a vislumbrar en Buenos Aires ciertas reacciones contra la cultura positivista. Esta nueva modalidad de sentimiento intelectual se manifestó en determinados sectores, deseosos de adquirir una información directa y profunda de las corrientes filosóficas europeas.

La reacción antipositivista se produjo en la Argentina en dos órdenes diferentes: A), en el orden de las ideas, y B), en el orden universitario.

A) ORDEN DE LAS IDEAS

En el orden de las ideas cabe destacar a los llamados fundadores de la historiografía filosófica: José Ingenieros, Caroliano Alberini y Alejandro Korn. Si bien es cierto que los intentos de hacer una historia del pensamiento filosófico, con carácter nacional, se remonta a mediados del siglo pasado en los trabajos del cubano José Manuel Mestre, *De la filosofía en La Habana* (1861); de Silvio Romero, *A filosofía no Brasil* (1878), y de E. Valverde Teller, *Apuntaciones históricas sobre la filosofía en México* (1896) (1); los estudios iniciales sobre el desarrollo del pensamiento en la Argentina no surgieron hasta la primera década del siglo xx con los ensayos de A. Korn, *Influencias filosó-*

(1) Ver el trabajo de Roig, A. A., *Filosofía, Universidad y filósofos en América Latina*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1981.

ficas en la cultura argentina (1912-1915), y de José Ingenieros, *Las direcciones filosóficas en la cultura argentina* (1914). Ambos pensadores, con el deseo de adquirir una cultura filosófica propia, iniciaron una historiografía de las ideas. Teniendo en cuenta el desarrollo de la cultura nacional y el valor social de éstas.

Debemos señalar aquí la circunstancia política favorable que potenció el nuevo movimiento historiográfico en la Argentina en los albores del siglo xx. Arturo A. Roig, al definir la historia de las ideas como «una forma de saber de América», reducida en algunos casos a un saber nacionalista empeñado en una búsqueda de lo propio, afirma: «No por azar la historiografía de las ideas recibió fuerza en la Argentina allá por 1915, cuando nació en manos de Ingenieros y Korn junto con el nacionalismo que caracterizó el radicalismo irigoyenista, movimiento político que daría nacimiento al primer gobierno popular, luego de varias décadas de oligarquía europeizante, y en México, como una de las consecuencias de la Revolución de 1910. Una misma exigencia de respuesta a ese preguntar por lo nacional llevó en la Argentina a la obra, en muchos aspectos no igualada, de un Ricardo Rojas, y en México, al movimiento de la «filosofía de lo mexicano» y ciertamente que el interés por la historia de las ideas era circunstancial a ambos movimientos» (2).

En lo que concierne al orden de las ideas, podemos afirmar que, a pesar de la crítica al positivismo que realizan los fundadores, su incipiente labor historiográfica hunde sus raíces en el positivismo cuyas categorías historiográficas estaban aún vigentes a principios de siglo. Efectivamente, a José Ingenieros (1877-1925) se le encuadra en plena corriente positivista argentina. La crítica enconada que hace de él Caroliano Alberini como pensador carente de formación filosófica, más cercano al estilo periodístico que a la refle-

(2) Roig, A. A., *op. cit.*, pág. 38.

xión filosófica (3), no debe impedirnos reconocer en su obra *Proposiciones relativas al porvenir de la Filosofía* cierto desacuerdo con el positivismo, al afirmar la legitimidad y la necesidad de la Metafísica (excluida por los positivistas como ciencia del conocimiento) y el enfoque que legó a las generaciones posteriores en el campo estrictamente historiográfico, al señalar la estrecha conexión que había entre las ideas filosóficas y las sociales.

Por su parte, A. Korn (1860-1936) supuso un paso adelante en la crítica al positivismo. Su actitud ecuánime y a la vez crítica del positivismo le distanciaron tanto de Ingenieros como del acérrimo antipositivista que fue C. Alberini. Korn estudió dicha corriente de ideas con un sereno afán de interpretación, al tiempo que hacía averiguaciones sobre la historia de las ideas nacionales. Nunca vio en el positivismo argentino un reflejo pasivo de las teorías de Comte y Spencer. Había también en dicho movimiento gran parte de tradición nacional, cuyo desarrollo continuado Korn denominó «positivismo autóctono» o «difuso» y que sólo hacia 1870 buscó fundamentos teóricos en los postulados comtianos y spencerianos. Su interés por descubrir procesos de pensamientos propios, no generados por influencias europeas, le condujo en su ensayo fundamental, *Influencias filosóficas en la evolución nacional, a una interpretación del pasado sobre la base de cierta deformación de personajes históricos claves.*

No obstante, Korn fue, dada su gran intuición, el primero en interpretar la obra de Ingenieros como el acta de defunción de la filosofía positivista: «El positivismo, con persistencia rutinaria, aún pontifica en la cátedra y en el libro como si nada hubiera ocurrido; agotada ya su misión histórica, todavía vegeta y obstruye por inercia el advenimiento de nuevas orientaciones. Y vive en el santo temor de la filosofía, supues-

(3) Alberini, C., *Problemas de la historia de las ideas filosóficas en la Argentina*, Instituto de Estudios Sociales y del Pensamiento Argentino, La Plata, 1966, págs. 137 y ss.

ta enemiga de la ciencia. Las proposiciones (de Ingenieros) vienen a contribuir a desalojar ese pasado, como que son un exponente de la reacción metafísica a tiempo iniciada y ahora en vías de propagarse hasta las antípodas» (4).

La postura de C. Alberini (1866-1960) respecto al positivismo fue antagónica y a la vez superadora de las tesis formuladas por Ingenieros y Korn. Su crítica al positivismo le llevó a realizar una investigación en profundidad de las influencias filosóficas europeas en ciertas formas del pensamiento argentino, demostrando la inexistencia del positivismo autóctono de A. Korn.

Su obra fundamental, *La filosofía alemana en la Argentina* (1930), supuso un avance considerable en el campo de la historia de las ideas. Por primera vez un estudio historiográfico puso de relieve la necesidad de un conocimiento riguroso de la filosofía europea en sus fuentes originales, para la mejor comprensión del proceso de desarrollo del pensamiento argentino. La búsqueda constante de fuentes y la necesidad de sistematización le impulsaron a contactar con Ortega durante su primer viaje a América. La relación del maestro con el futuro discípulo, basada en un vivo interés por el conocimiento y la divulgación de las corrientes del pensamiento europeo, cristalizó con el paso de los años en una profunda amistad.

B) ORDEN UNIVERSITARIO Y ACADÉMICO

El descontento filosófico frente al positivismo se produjo por primera vez formalmente en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires.

En los albores del siglo xx, todo se reducía a diálogos y tertulias de poca difusión celebrados en dicha

(4) Romero, F., «Indicaciones sobre la marcha del pensamiento filosófico en la Argentina», en *Cuadernos Americanos*, año IX, vol. L, 2, México, 1950, marzo-abril, pág. 122.

Facultad. El grupo de profesores y discípulos reunidos en este marco, dada la pobreza filosófica del momento, sintieron la necesidad de hablar y comunicar ideas antes de iniciar una labor ensayística. De aquella época no quedaron reflexiones filosóficas serias. C. Alberini hace un elogio muy significativo de aquellos primeros pasos: «Así fuimos acumulando no poco substancial humus filosófico verbal en la Facultad de Filosofía y Letras, único lugar del país quizá donde eran permitidas semejantes expresiones espirituales. Luego, con el andar de los años, aquellas juveniles trifulcas socráticas, diremos así, dentro y fuera de la clase, sobre todo fuera, se iban trocando en artículos críticos filosóficos. Tal fue el comienzo de la filosofía en serio, tomando como base negativa, muy enérgica por cierto, la crítica al positivismo endémico» (5).

Hacia 1907 era tal el clima filosófico creado en la Facultad de Filosofía de Buenos Aires, que los jóvenes antipositivistas atacaban resueltamente a los positivistas: «... hacia 1907, bajo la presión de los jóvenes corifeos del antipositivismo, se empieza a no tenerle miedo a la palabra metafísica. Solíamos vociferar por los corredores de la Facultad el siguiente aforismo: Filosofía sin metafísica es como café sin cafeína. Con no menos entusiasmo definíamos la filosofía diciendo: la ciencia positiva es el estudio relativo de lo absoluto. Los positivistas, al sorprendernos leyendo *La crítica de la razón pura*, nos acusaban de cultores de la obscuridad mental. Replicábamos: hay dos claridades: la oscura, en el fondo, y la otra, la que preferimos» (6). La Facultad de Filosofía, nacida en la época de indiferencia filosófica (1827), tuvo en sus comienzos muy poca importancia, pero paulatinamente y gracias al impulso de sus profesores se convirtió, en la segunda

(5) Alberini, C., «Génesis y evolución del pensamiento filosófico argentino», en *Cuadernos de Filosofía*, fascículo VII, Instituto de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires, 1957, pág. 2.

(6) *Ibid.*, pág. 5.

década del siglo xx, en el órgano que más colaboró en la creación de la cultura filosófica argentina. En el plano académico cabe destacar, como un intento de superación del positivismo, las enseñanzas de R. Rivarola (1857-1942), quien ocupó la única cátedra destinada a la enseñanza de la filosofía al fundarse la Facultad.

Rivarola inició desde su cátedra de Ética y Metafísica la sustitución del positivismo por vía de la ética kantiana. Este cambio de orientación filosófica fue de gran transcendencia porque significó el prelude de la batalla que la Facultad de Filosofía iba a dar al positivismo. En esta línea se inscribe el curso de nueve lecciones de seminario sobre la *Crítica de la razón pura*, de E. Kant, dictado por Ortega y Gasset en su primer viaje (1916) a América. El seminario fue dirigido a un auditorio restringido (no más de cincuenta personas entre profesores y alumnos), entre las que destacan el doctor Rivarola, decano de la Facultad, A. Korn, C. Alberini y Avelino Gutiérrez. Su propósito fue el de recuperar la lectura de un clásico, como instrumento necesario de conocimiento previo a la aceptación de las corrientes modernas de ideas. Ortega y Gasset expresaba así al respecto: «En la Universidad se ha de estudiar naturalmente toda corriente moderna de ideas, renunciando, por así decirlo, a formar al alumno que se le tiene por iniciado; pero al mismo tiempo, para salvaguardarle de todas esas ciencias díscolas que están en continuo recomenzar por desconocer lo anterior a ellas, la Universidad debe estudiar a los clásicos. Esto es, pues, lo que vamos a hacer nosotros: estudiar a un clásico, y en forma de diálogo» (7).

Ortega dinamizó la actividad filosófica en la Argentina. Ya hemos mencionado cómo antes de su llegada, sólo dos profesores, R. Rivarola y A. Korn, se habían apartado de las corrientes positivistas y comenzaban

(7) «El curso de Ortega y Gasset», en *La Nación*, Buenos Aires, 1916 (referencia periodística).

a difundir la filosofía kantiana. El maestro español impulsó la renovación que se estaba preparando, justificándola con pensamientos propios y otros tomados de la filosofía alemana contemporánea.

Formado en el movimiento neokantiano, Ortega se propuso difundirlo en la Argentina a través de las ideas que él juzgaba fundamentales. Habló del sentido de la filosofía de la Historia de la Cultura. Combatió en sus charlas y conferencias el evolucionismo, el positivismo y el escepticismo propios de la época moderna y firmó la existencia de un pensamiento propio del siglo xx.

La inclinación de Ortega hacia América, y en concreto hacia la Argentina, no se debió exclusivamente a su deseo de conocer directamente la labor intelectual de un pueblo joven, sino también, y de ello son prueba los dos viajes posteriores, a la existencia de cierta identificación intelectual o simpatía entre el público que lo acoge y el orador español.

En 1916, el camino no estaba abonado, pero se habían iniciado ya los primeros trabajos. El germen antipositivista introducido por Korn y Rivarola comenzó a dar sus frutos en la década de los años 20; en el ínterin, las conferencias de Ortega en Buenos Aires, sus opiniones innovadoras e incluso revolucionarias en materia filosófica, política e histórica, posibilitaron una amplitud del horizonte intelectual nacional. Con ello no quiero decir que Ortega descubriese a los argentinos la necesidad de elaborar un pensamiento filosófico propio. Esta exigencia no fue extraña a la propia tradición del pensamiento hispanoamericano, cuya primera manifestación se detecta en el Río de la Plata en algunos miembros de la generación de 1837, por el nuevo enfoque que ellos ofrecen del problema de la emancipación mental.

Como bien ha señalado Arturo A. Roig, los dos teóricos más representativos de esta problemática fueron Juan Bautista Alberdi y Andrés Lama, quienes en diversos textos de 1838 señalaban la necesidad de ela-

borar una «filosofía americana» que lograrse «una independencia civil, literaria, artística, industrial» (8).

La proposición de Alberdi de hacer una «filosofía americana» cobra sentido dentro de un proyecto social más amplio, en el que lo filosófico jugaba un papel fundamental como factor de integración nacional.

La obra del escritor uruguayo José Enrique Rodó (9) impuso un paso adelante en la respuesta que el pensamiento hispanoamericano dio al problema de la emancipación mental. Los primeros intentos de reconstruir la historia del pensamiento hispanoamericano en sus diversas fases a principios del siglo XX se deben, como ya mencionamos, a los argentinos José Ingenieros y A. Korn, quienes continuaron la tradición historicista, intentando asumir dialécticamente el pasado intelectual desde su propia coyuntura histórica.

Sobre este campo previamente roturado, incidieron posteriormente diversas influencias procedentes del historicismo europeo contemporáneo. Nos referimos al «circunstancialismo» y al «generacionalismo» orteguiano, movimientos historicistas ambos, consolidados en los años 40 gracias a la labor intelectual de sus discípulos: José Gaos en México y García Morente en Argentina.

No obstante, en el primer contacto que Ortega tiene con América, ni su filosofía raciovitalista está aún desarrollada ni sus métodos historiográficos formulados; pero hay ya una intuición fundamental en el maestro español, quien, interesado por conocer el pensamiento hispanoamericano del siglo XIX, ve la necesidad que tiene el país de concretar una metodología y obtener una fundamentación filosófica.

Sus primeras palabras al desembarcar en Buenos Aires, el 22 de julio de 1916, prueban esta intuición: «Vengo a aprender más que a enseñar. Me interesa

(8) Roig, A. A., *op. cit.*, págs. 65 y ss.

(9) Rodó, J. E., *Obras completas de José Enrique Rodó*. Compilación y prólogo por A. José Vaccaro, 2.^a ed., Buenos Aires, A. Zamora (1956).

sobremenera conocer en todos sus pormenores la labor intelectual argentina, el grado de influencia que aquí ejercen los distintos países europeos y las necesidades y aspiraciones intelectuales de este país» (10).

Primer viaje (julio 1916 - enero 1917)

El primer viaje de Ortega y Gasset a la Argentina respondió a la invitación hecha por la Institución Cultural Española.

Después de la celebración del Centenario de la Independencia en 1910, las nuevas minorías intelectuales argentinas, en busca de nuevas fuentes de ideas, se separaron de las corrientes que las unían tradicionalmente a Francia y comenzaron a descubrir la transformación que sufría Europa, a través de la renovación espiritual de España. En esta línea se inscribió la labor de la I. C. E., organismo dedicado a los nuevos valores del pensamiento, las ciencias, la historia y la educación española. El deseo de hacer cultura española en América se patentizó en la Argentina en dicha fundación a través de los hombres más representativos del pensamiento español. El primer español invitado por la Institución a inaugurar la cátedra de Cultura Española de la Universidad de Buenos Aires, en el año 1914, fue el historiador Ramón Menéndez Pidal, cuyas lecciones supusieron un verdadero acontecimiento en los centros de enseñanza superior y en todo el ambiente cultural de Buenos Aires.

En 1916, respondiendo a los objetivos mencionados, la I. C. E. invitó al joven profesor José Ortega y Gasset. Después de él, otros profesores e investigadores españoles relevantes viajaron a la Argentina: Américo Castro, Eugenio D'Ors, Rey Pastor, Del Río Ortega, Ramiro de Maeztu, etc.

(10) *Anales de la Institución Cultural Española*, t. I, Buenos Aires, 1947.

La recepción de Ortega en la Argentina fue en su primer viaje apoteósica. El impacto, no obstante, fue recíproco; si bien es cierto que su persona e ideas dinamizaron el proceso de renovación filosófica, se produjo también a la inversa cierto encantamiento. Las palabras de Ortega, de regreso a España en 1917, son bien significativas al respecto: «Podrá herir nuestra presunción nacional; pero es el caso que ese pueblo, hijo de España, parece más perspicaz, más curioso, más capaz de emoción que el metropolitano. Tiene, sobre todo, una cualidad que para mi estimación es decisiva: la de distinguir finalmente de valores. Podrá aceptar cosas que en rigor no son aceptables: su lujo de vitalidad, su optimismo de abundancia y juventud le llevan a derramar admiración incluso huelga. Pero dentro de lo que entiende y acepta establece una jerarquía positiva» (11).

La actividad que Ortega desplegó en la Argentina en los seis meses escasos que permaneció en el país (22 de julio de 1916 - 2 de enero de 1917) es digna de resaltar. Aparte de una serie de diez conferencias dictadas en el Aula Magna de la Facultad de Filosofía y Letras bajo el título *Introducción a los problemas generales de filosofía* y del seminario sobre la *Crítica de la razón pura*, ya mencionado, cabe destacar dos conferencias públicas que tuvieron como escenario el Teatro Odeón (el 15 de noviembre de 1916) el Teatro de la Opera (el 22 de noviembre de 1916). La primera respondió a la petición de la dirección de la revista *Nosotros* y versó sobre «La nueva sensibilidad».

En ella aludió Ortega al surgimiento de una nueva sensibilidad en las jóvenes generaciones europeas y atacó duramente el positivismo de finales del siglo XIX por la pobreza cultural que tras sí había dejado (12). La segunda conferencia citada tuvo lugar a petición de

(11) Ortega y Gasset, J., *El Espectador*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1943, pág. 167.

(12) «La nueva sensibilidad», en *La Prensa*, Buenos Aires, 16 de noviembre de 1916 (referencia periodística).

la comisión directiva de la Asociación Patriótica Española, y en ella habló Ortega sobre el tema «Imágenes de España» (13).

Durante su estancia en Buenos Aires, Ortega, junto con su padre, el conocido periodista José Ortega Munilla, fueron obsequiados y agasajados por diversas instituciones españolas y argentinas (entre las que destaca la Institución Cultural Española, el Club Español, la revista *Nosotros*, etc.), las cuales pusieron de relieve el conocimiento que de su labor didáctica se tenía y la necesidad de maestros y precursores espirituales de que adolecía el país.

Por último, debemos señalar respecto a este primer viaje la serie de visitas que Ortega realizó a otras universidades del país. San Miguel de Tucumán, Córdoba, Mendoza, Rosario y, finalmente, Montevideo, fueron testigos de la labor precursora y divulgadora del joven filósofo español.

Las conferencias de Ortega tuvieron una gran repercusión en el ámbito universitario y en los círculos intelectuales del país. La prensa argentina reseñó ampliamente todas sus actuaciones, destacando las dos notas más sobresalientes de la labor realizada por Ortega: *a*), el descubrimiento de un público no universitario, desconocido hasta entonces y sumamente interesado en los estudios filosóficos, y *b*), la influencia y orientación que proporcionó a la juventud argentina. La revista *Nosotros*, al término de sus conferencias en la Facultad de Filosofía, se expresaba con las siguientes palabras: «Ortega y Gasset ha logrado en nuestro país lo insospechado y lo insólito: un auditorio muy curioso de los más altos y eternos problemas. Oídas sus clases públicas por gente en su mayoría alejada de la Universidad y de los estudios sistemáticos, han ejercido sobre ella influencia positiva, orientándola hacia las especulaciones fundamentales... Así, Orte-

(13) «Imágenes de España», en *La Nación*, Buenos Aires, 23 de noviembre de 1916 (referencia periodística).

ga y Gasset ha logrado lo que ninguno de los viajeros que le precedieron en la cátedra y en la tribuna habían conseguido. Influir sobre nuestra juventud, revelar sus preocupaciones inciertas y orientarle en sus estudios fundamentales» (14).

En mi opinión, el poder de atracción de Ortega radicaba en su triple cualidad de orador, pensador y artista. Acostumbró al público argentino a interesarse no sólo por ciertos libros y pensamientos nuevos, sino a asistir a la conferencia pública e incluso a la lección de cátedra. Personas que nunca antes se habían interesado por temas filosóficos, comenzaron a asistir a sus exposiciones orales, despertándose una desconocida apetencia filosófica que poco a poco iba cobrando conciencia de sí.

Paralelamente, el pensador español dejó constancia en los discursos que pronunció de la sorpresa que el público argentino le había causado. Convencido antes de su llegada de la falta de interés e inquietud del pueblo argentino por las cuestiones filosóficas, Ortega tuvo que reconocer su positiva actitud frente a todo lo que supusiera renovación y refinada sensibilidad. Con motivo de su despedida en el Instituto Popular de Conferencias el 6 de diciembre de 1916, pronunció un discurso en el que se recogen estas ideas: «... poseéis, precisamente, aquellas cualidades que os son menos reconocidas en Europa. Verdad es que yo me he encontrado con que el alma argentina me parece hoy precisamente lo contrario de lo que había oído y leído sobre ella... Pues bien, señores, yo no he sido entre vosotros sino un entusiasta que pasa. Y me he encontrado con un pueblo lleno de afanes, libre de envidias, que, sintiendo rebosar dentro su optimismo, está presto a verterlo, sobre el transeúnte, a poco pretexto que le dé. Yo no creo que exista en parte alguna un público de sensibilidad más pronta y limpia de

(14) «Las conferencias de Ortega y Gasset», en *Nosotros*, Buenos Aires, 16 de octubre de 1916 (referencia periodística).

prejuicios, de mayor perspicacia, que el que encontrará en la Argentina todo el que venga con un poco de pureza y otro poco de arte en su corazón» (15).

Señaló también las dos cualidades más notorias del pueblo argentino, el poder de atracción sobre hombres procedentes de otros países, razas y culturas; y la capacidad de absorción de todos estos elementos en la unidad del Estado (16).

Pero no todo fueron alabanzas: el espectador captó en su corto contacto con este país americano el desequilibrio existente entre la sensibilidad privilegiada que manifestaba y su escasa producción ideológica y artística. La preocupación excesiva por las actividades económicas le habían impedido concentrar su energía en el estudio de las demás actividades. Por ello, incitó a los argentinos a poseer una Universidad viva, capaz de dirigir el proceso de reflexión del país hacia una cultura propia y original, liberada de la tendencia positivista que hasta entonces la había dominado.

La educación filosófica experimentó en aquellos años un gran impulso, gracias al maestro español. Los escritos americanistas de Ortega vinculados a esta primera etapa fueron: *Impresiones de un viajero* (1916), *Para dos revistas argentinas* (1924), *Carta a un joven argentino que estudia filosofía* (1924) y *El deber de la nueva generación argentina* (1924).

Consecuencia indirecta de sus conferencias y estímulo fue la fundación del Colegio Novecentista en 1917 por un grupo de jóvenes para quienes Ortega y Eugenio D'Ors representaban las directrices del pensamiento nuevo.

En el Manifiesto del Colegio se decía: «Novecentismo quiere ser suerte de nombre o seña de la actitud mental de unos cuantos hombres de hoy —nuevos

(15) «Exposición del profesor Ortega y Gasset. Sus impresiones de la Argentina», en *La Prensa*, Buenos Aires, 7 de diciembre de 1916 (referencia periodística).

(16) *Ibid.*

y del Novecientos— a quienes no conforma ya el catón espiritual vigente» (17).

Obsérvese la similitud de ideas que hay en la conferencia dictada por Ortega en el Teatro Odeón un año antes (15 de noviembre de 1916): «Novecentismo no es una cifra que ha variado en el calendario, es una nueva sensibilidad. Pero, ¿qué es esta variación? Esta es la nueva época, la nueva sensibilidad: el cambio de perspectiva en la valoración, que los viejos caducos no pueden comprender ya y los demasiado jóvenes todavía no... La sensibilidad novecentista es, de este modo, la negación de la sensibilidad del siglo XIX, sobre todo de su última mitad» (18).

La vida del Colegio no fue muy larga ni su acción intensa, pero posibilitó la formulación de las aspiraciones y propósitos de la nueva generación. Sirvió, en definitiva, para que cristalizaran los deseos de novedades intelectuales que los jóvenes particularmente sentían. Entre sus componentes cabe destacar los nombres de Julio Noé, Carlos Malagarriga, Carlos Boglio, Juan Rómulo Fernández, V. José Gabriel, Tomás Casares, Ventura Pessolano y Benjamín Taborga. Su órgano de expresión fueron unos *Cuadernos* de contenido heterogéneo: artículos filosóficos, transcripciones, notas bibliográficas, etc., que alcanzaron gran difusión, dada la curiosidad intelectual de la época.

Otro de los fenómenos que sin lugar a dudas puede relacionarse con la actividad magisterial desarrollada por Ortega y Gasset, en esta primera etapa del proceso de formación de un pensamiento filosófico autóctono o nacional, fue el movimiento de «Reforma Universitaria» iniciado en la ciudad de Córdoba en el año 1918. El movimiento fue obra de un grupo de jóvenes con un fuerte sentido generacional y un gran deseo de cambio social, que cristalizó en el enfrentamiento a toda estructura rígida y dogmática. Dicho

(17) Romero, F., «Indicaciones sobre la marcha del pensamiento filosófico en la Argentina», *op. cit.*, pág. 125.

(18) «La nueva sensibilidad», en *La Prensa*, *op. cit.*

grupo recogió todas las alusiones a la visión nueva del mundo y a la función prioritaria que la juventud debía ejercer en el futuro del país, difundidas por Ortega en sus conferencias de dos años atrás.

Las palabras de Ortega a los jóvenes de Tucumán (octubre de 1916) recogen estas ideas: «Estudiad, meditación, no confiéis demasiado en esa mentira convencional de que el porvenir de los hombres y de las naciones siempre es incierto. Hay que forjarlo en el yunque de la acción y de la idea... Mi mayor satisfacción, la moneda en que pagaría la noble hospitalidad de este joven pueblo hijo de mi raza, fuera de utilidad de este amistoso consejo de un peregrino de la idea, de un soldado de la cultura universal» (19).

Los primeros signos revolucionarios estallaron en Córdoba, cuya Universidad, sujeta a la influencia de las familias de la oligarquía tradicional y del clero, mantenía casi todos los rasgos de la Universidad colonial. El *Manifiesto* de la Reforma, redactado por Deodoro Roca y publicado el 21 de julio de 1918, reflejaba en su título: *La juventud argentina de Córdoba a los hombres libres de América*, un contenido ideológico y unos propósitos no nuevos, sino derivados de una larga tradición rioplatense.

A. A. Roig, en el estudio que realiza sobre el *Manifiesto* de la Reforma, indica con un preciso repertorio bibliográfico los antecedentes de este texto en una literatura caracterizada, cito sus palabras, «por un fuerte sentido de “manifiesto” o “declaración”, dentro de lo que podría ser considerado, sin error ninguno, como una literatura programática y de ideas. Todos fueron dirigidos a la juventud y todos, sin excepción, pueden ser entendidos como incorporados a una ideología a la que podemos denominar juvenilista» (20). Textos de J. B. Alberdi, J. E. Rodó, J. Ingenieros y algunos

(19) «Conferencias de Ortega y Gasset. Despedida del conferenciante», en *La Gaceta*, Tucumán, 18 de octubre de 1916 (referencia periodística).

(20) Roig, A. A., *op. cit.*, pág. 121.

dentro de esta ideología o espíritu «juvenilista» caracterizada por el surgimiento de un fuerte sentido generacional que se subleva contra una situación opresiva y estática (21).

El movimiento de reforma universitaria fue desde sus inicios un fenómeno complejo, en el que se mezclaron aspiraciones y tendencias difusas. Los jóvenes no se levantaron sólo contra sus maestros, sino contra la generación de sus padres, y contra el estilo de vida impuesto por la tradición. En torno a esta problemática, la «autonomía universitaria» surgió indirectamente planteada en el Manifiesto. Las estructuras, los métodos y la orientación de la Universidad tradicional resultaban insatisfactorios. Los estudiantes cordobeses proponían un cambio que conllevaba un nuevo planteamiento pedagógico. Por primera vez se sentían capaces de intervenir en el gobierno de la Universidad y de enfrentarse a los problemas causados por la renovación de ideas.

En definitiva, la Reforma no fue exactamente un enfrentamiento con el Estado, sino una lucha entre unas clases medias en ascenso, deseosas de adecuar la Universidad dentro del marco del estado liberal, y unas élites intelectuales pertenecientes al antiguo patriciado, que pretendían frenar toda reforma oficial. Dos años más tarde, el mismo Roca abandonó la tesis juvenilista y reformista y abordó el problema de la Universidad dentro de una perspectiva más amplia. La Universidad dejó de ser vista como la institución reformista por excelencia, capaz de llevar a cabo por sí sola la transformación de la sociedad, para ser considerada como una parte dentro de un sistema más amplio con una misión auxiliar.

(21) *La Reforma Universitaria*, La Plata, Federación Universitaria de La Plata, 3 tomos.

Segundo viaje (agosto 1928 - enero 1929)

La gran etapa que comienza después del año 20 (1920-1930) se va a caracterizar, tanto a nivel académico como individual, por un gran espíritu de renovación y desarrollo del pensamiento filosófico. Las cátedras filosóficas aumentaron su número; C. Alberini ocupó la cátedra de Introducción a la Filosofía en 1922 y poco después la de Psicología. En 1923, A. Franceschi y A. Korn ocuparon, respectivamente, las cátedras de Lógica y Gnoseología, y Metafísica. El germen antipositivista introducido por A. Korn a principios de siglo comenzaba a dar sus frutos hacia 1923 con la renovación de los cuadros del profesorado universitario. La Facultad de Filosofía de Buenos Aires fomentó asimismo la fundación de nuevas universidades, y en 1925 eran ya cinco las universidades nacionales. Se inició de este modo un proceso de apertura ideológica e intercambio de ideas.

El país, como consecuencia de las invitaciones realizadas, se inundó de conferenciantes extranjeros, entre los que cabe mencionar a Hans Driesch, Paul Lauevin, A. Einstein, N. Köhler, Herman Keyserling, G. Dumas, Jacques Maritain, Ch. Bouglé, E. D'Ors, García Morente y Ortega y Gasset.

El segundo viaje de Ortega y Gasset a la Argentina, realizado entre agosto de 1928 y enero de 1929, se caracterizó por la culminación de una nueva etapa en la cultura argentina, iniciada con la publicación de la *Revista de Occidente* en el año 1923. La revista había surgido por iniciativa de Ortega, respondía a un momento cultural determinado y expresaba el trabajo colectivo de un grupo de hombres empeñados en llevar a la cultura española y americana las ideas más importantes propias y de los pensadores contemporáneos de mayor autoridad. En su primer número (julio de 1928), Ortega anunciaba sus objetivos con las si-

guientes palabras: «Los propósitos de la *Revista de Occidente* son bastante sencillos. Existe en España e Hispanoamérica un número crecido de personas que se complacen en gozosa y serena contemplación de las ideas y del arte. Asimismo, les interesa recibir de cuando en cuando noticias claras y meditadas de lo que se siente, se hace y se padece en el mundo... En la razón presente adquiere mayor urgencia este afán de reconocer “por dónde anda el mundo”, pues surgen donde quiera los síntomas de una profunda transformación en las ideas, en los sentimientos, en las maneras, en las instituciones. Muchas gentes comienzan a sentir la penosa impresión de ver su existencia invadida por el caos. Y, sin embargo, un poco de claridad, otro poco de orden y suficiente jerarquía en la información les revelaría pronto el plano de la nueva arquitectura en que la vida occidental se está construyendo. La *Revista de Occidente* quisiera ponerse al servicio de este estado de cosas... Procurará esta revista ir preparando a sus lectores el panorama esencial de la vida europea y americana» (22).

Según estos propósitos, en la *Revista* colaboraron los grandes pensadores de la época, Bergson, Husserl, Simmel, Scheler, Einstein, y los novísimos escritores hispanoamericanos y españoles, García Lorca, Gómez de la Serna, Alberti, Salinas y Guillén, pertenecientes todos ellos a la generación de 1927. Presidida por Ortega, la revista fue también un lugar de tertulia diaria, donde el intercambio de datos y opiniones proporcionó al grupo, a pesar de su disparidad, una unidad de espíritu y, en cierto sentido, de lenguaje. Sin duda alguna, Ortega ejerció a través de las páginas de la *Revista de Occidente* una auténtica jefatura espiritual entre los años 20 y 30. Su difusión en América, y especialmente en Argentina, marcó la cota más alta en la cultura del país. La biblioteca de la revista difun-

(22) Luzuriaga, L., «Las fundaciones de Ortega y Gasset», en la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, V época, año II, núm. 2, pág. 181.

dió la filosofía alemana de la época, Dilthey, Scheler, Spengler, etc., introduciendo asimismo las novedades de la escuela fenomenológica. Gracias a ella, los estudiantes argentinos conocieron el significado de nuevos vocablos filosóficos necesarios para introducirse en las corrientes modernas. El trabajo editorial de la biblioteca resultó indispensable para todo aquel que quisiera estar al tanto de los sucesos intelectuales de Europa. De este modo, y gracias a la labor difusora de la revista, el tiempo que separaba América de Europa se acortó de veinte a cuatro o cinco años. Ortega pasó así a convertirse en uno de los directores de mayor influencia en la formación ideológica de los jóvenes argentinos.

El maestro español volvió a Buenos Aires en agosto de 1928 con un sistema de ideas más elaborado y productivo. Durante los doce años de intervalo entre su primer y segundo viajes, no perdió el contacto con los jóvenes profesores que a finales de los años 20 habían ya alcanzado la cátedra universitaria. El prestigio y la imagen tan favorable que su personalidad y su obra habían causado en 1916, no se habían borrado. Su extensa producción era literalmente devoradora en la Argentina. Al respecto menciona Raúl Roa: «En nuestra América, el estilo y el pensamiento de Ortega y Gasset hicieron su agosto entre 1920 y 1930. Se imitó su prosa barroca, y se saqueó su opulenta temática. Sus giros vagaban sobre todas las peñas como mariposas iridiscentes. “Yo soy yo y mi circunstancia”, repetían muchos con los ojos en blanco. Se recitaban, como versículos de la Biblia, parrafadas enteras de *El tema de nuestro tiempo* y de su contrapartida, *La deshumanización del arte*» (23).

Invitado en este su segundo viaje a América por la Sociedad de Amigos del Arte, Ortega dictó un ciclo

(23) Roa, R., «Dichos y hechos de Ortega y Gasset», en *Cuadernos Americanos*, I, Año XV, 1956.

de conferencias públicas en sus locales sobre el tema *Introducción al presente*, y otro, en la Facultad de Filosofía y Letras, sobre *Hegel y la Historiografía*, durante el otoño de 1928. En ellos desarrolló su filosofía de la circunstancia y su teoría generacional. La filosofía de la circunstancia entusiasmó a los jóvenes argentinos. Estos vieron en su preocupación por la «salvación de las circunstancias españolas» el sustrato ideológico que necesitaban para consolidar una labor de toma de conciencia de la propia realidad hispanoamericana. El circunstancialismo de Ortega y Gasset va a posibilitar a las nuevas generaciones americanas avanzar, con una nueva metodología historiográfica, en la línea de los maestros americanos. La preocupación de Alberdi por elaborar una filosofía americana, capaz de descubrir el paisaje espiritual y cultural autóctono, entroncará con la filosofía de la circunstancia de Ortega motivada por un afán de hacer filosofía española dentro de un contexto occidental. Las palabras del historiador mexicano Leopoldo Zea son, en este sentido, muy clarificadoras: «De España y por obra de la voluntad de Ortega, llegaron a nuestra América las doctrinas filosóficas que justificaban y daban calidad filosófica a la meditación sobre la realidad americana. El recio vitalismo de Ortega y el historicismo de los filósofos contemporáneos alemanes dieron a la generación actual que brega en Hispanoamérica en el campo filosófico el instrumental para desarrollar sus ideas en la misma línea de los viejos pensadores. Fue la coincidencia de esta línea lo que hizo a los jóvenes filósofos hispanoamericanos apasionarse por la filosofía de Ortega, tanto la que le era propia como la que divulgó a través de las publicaciones de la *Revista de Occidente*» (24).

Durante su segunda estancia en la Argentina, Or-

(24) Zea, L., «Ortega el Americano», en *Cuadernos Americanos*, I, Año XV, 1956, pág. 139.

tega observó, como buen espectador, los cambios que se habían originado en el país tras su corta ausencia. Asistió al estallido cultural de Buenos Aires, convertido a finales de los años 20 en la urbe más cosmopolita de América. Pero más que la curiosidad intelectual argentina y su afán por obtener una cultura filosófica propia, lo que más llamó la atención de Ortega fue la honda transformación sufrida en su estructura pública. La caída de las familias patricias del poder posibilitó el ascenso de lo que Ortega llamaba el «hombre masa», representado en la Argentina por los emigrantes recién llegados.

El filósofo español confesó en, varias ocasiones su honda preocupación por la Argentina; sus escritos americanistas de esta segunda etapa subrayan tal preocupación: *Discurso en el parlamento chileno* (1928), *Hegel y América* (1928), *La pampa... promesa* (1929), *El hombre a la defensiva* (1929), *Por qué he escrito «El hombre a la defensiva»* (1930). La publicación de los tres últimos ensayos citados, de regreso a España, levantaron una aguda polémica en todo el ámbito americano y en especial en la Argentina. La crítica que en ellos hizo Ortega de la psicología del hombre argentino tuvo diversas respuestas que fueron desde el más hondo rechazo hasta la defensa más sincera por sus aportaciones y acierto. Uno de los rasgos más característicos del hombre argentino, en opinión del maestro español, era su constante actitud defensiva: «El argentino actual es un hombre a la defensiva. Esto excluye a límite la cordialidad en el trato... En la relación normal, el argentino no se abandona, por el contrario, cuando el prójimo se acerca hermetiza más su alma y se dispone a la defensa. Nos encontramos con un hombre que ha movilizadado la mayor porción de sus energías hacia las fronteras de sí mismo. Si intentamos hablar con él de ciencia, de política, de la vida en general, notamos que resbala sobre el tema. Es natural que sea así, porque su energía no está pues-

ta sobre aquel asunto, sino ocupada en defender su propia persona» (25).

Ortega dedujo que las causas originarias de este comportamiento colectivo se debían al fuerte rasgo que Buenos Aires tenía aún de «factoría» y a la presión social que los emigrantes recién llegados ejercían sobre el individuo autóctono. Esta dualidad de la sociedad influía en exceso sobre el individuo, quien se veía obligado a representar su papel más que a vivirlo. Por otra parte, el vertiginoso desarrollo del país había obligado a la creación de una serie de puestos sociales para los que no existían hombres preparados. La falta de profesionales que sufría el país en aquellos momentos había posibilitado el ascenso de gente no cualificada, que se vio a sí misma representando cargos de forma improvisada y con la necesidad de convencer al prójimo de su propia capacitación. Las críticas no se hicieron esperar. Casi todos sus detractores concuerdan en que el mayor error de Ortega fue el de realizar el análisis de la psicología argentina, en función de su tipo único de argentino, con exclusión del elemento femenino, y sin tener en cuenta las diferencias existentes entre el hombre de la urbe y el provinciano del interior. Pero, sin duda alguna, los ataques más furibundos que recibió se debieron a sus opiniones sobre el «guaranquismo», cuya versión no gustó ni a sus seguidores ni a sus detractores. Algunos de los errores de Ortega los explicó el escritor argentino Manuel Gálvez aludiendo a su desconocimiento de los distintos ambientes sociales y a su exclusivo contacto con los círculos universitarios. No obstante, la crítica favorable se mostró de acuerdo con Ortega en la escasa sociabilidad e incapacidad para conversar del argentino, y en su falta de interés por aquellas ideas o teorías que no tuviesen una funcionalidad práctica.

(25) Ortega y Gasset, J., *La pampa..., promesas*, O.C., t. II, Revista de Occidente, Madrid, 1957, pág. 649.

Ortega fue consciente desde un primer momento de las protestas airadas que sus ensayos *La pampa... promesa* y *El hombre a la defensiva* iban a despertar. El *Por qué he escrito «El hombre a la defensiva»* tuvo como razón de ser el dar una respuesta a tales protestas y expresar, asimismo, el reconocimiento a sus detractores. El, mejor que nadie, expresó el objetivo de su escrito original: «Nadie que conozca aún vagamente la Argentina puede dudar un momento de que al escribir yo aquellos ensayos sabía que iba a condenar sobre mi cabeza todas las electricidades del iracundo denuesto. Pero si nadie puede dudar de que presumía esa violenta repercusión, nadie puede dudar que había en mí resolución de concitarla» (26).

En el Ortega de 1928 se observa un claro propósito de estimular e incitar al público argentino con el fin de provocar su reacción ante determinados temas. Aparte de las facetas de universalidad, autoridad, actividad y postura reformadora que Francisco Romero señaló en la «jefatura espiritual» que ejerció en América (27), habría que mencionar dos más para la mejor comprensión de su impacto en el continente americano: la de «incitador» y la de cierta «soberbia intelectual». Ambos rasgos se hallan plenamente manifiestos en su obra americanista. Su soberbia intelectual le condujo a escribir frases como éstas, al referirse a la superficial crítica de su obra en la Argentina: «Yo tengo estudiado algunos, sólo algunos de sus momentos (de la "historia de las pasiones"); porque, bien entendido, yo sé muy poco, mucho menos, claro está, que los jóvenes sabios de aquí, los que han leído cuatro libros alemanes y se permiten hacerme mohínes, a mí que soy actualmente uno de los escritores de cosas de pensamiento que se vende más en

(26) Ortega y Gasset, J., *Por qué he escrito «El hombre a la defensiva»*, O.C., t. IV, Revista de Occidente, Madrid, 1957, pág. 69.

(27) Romero, F., *Ortega y Gasset y el problema de la jefatura espiritual*, Losada, Buenos Aires, 1960, págs. 9-11.

Alemania desde hace años» (28). Fue la mezcla de estos dos elementos la que levantó más oposición y más contrarió al público americano. Sus críticas señalaron que Ortega contempló siempre América desde una perspectiva argentina. Leopoldo Zea comentó al respecto: «De la América Hispana sólo conoció la Argentina y se resistió siempre a entrar en contacto con el resto de ella. En su obra son pocas las páginas, en relación con el gran volumen de la misma, en que dedica su atención a la América y, dentro de ella, a los Estados Unidos y a la Argentina» (29).

Si bien es cierto que sus escritos americanos y sus visitas al continente giraron siempre en torno a la preocupación argentina, ello se debió, en mi opinión, a la gran potencialidad y proyección de futuro que Ortega vislumbró en el pueblo argentino. El «pueblo —según sus palabras—, con más vigorosos resortes históricos», prometía como ningún otro una pronta fusión de los conceptos de Nación y Estado y la creación de una nueva moral en la sociedad» (30).

En relación con el proceso de apertura ideológica e intercambio de ideas que le produjo en esta segunda etapa, y estimulados por todas las condiciones ambientales que hemos señalado, surgió, a partir de los años 20, un grupo de jóvenes autodidactas, ajenos al grupo «novecentista», interesados en fundar una sociedad que agrupase a todos los interesados en materia filosófica. En julio del año 1929 se fundó con este motivo la Sociedad Kantiana de Buenos Aires. Dicha sociedad era autónoma, aunque mantenía cierta relación y figuraba como rama de la Sociedad Kantiana Berlinesa, institución creada por Hans Vaihinger y de gran difusión internacional. El órgano difusor de la Kantiana Berlinesa fue la revista *Kant Studien*, en la cual se registraban las actividades de la Sociedad Kan-

(28) Ortega y Gasset, J., *Meditación del pueblo joven*, O.C., t. VIII, Revista de Occidente, Madrid, 1957, pág. 404.

(29) Zea, L., *op. cit.*, pág. 132.

(30) Ortega y Gasset, J., *La pampa..., promesas, op. cit.*

tiana de Buenos Aires, integrándose así, en cierta medida, los pensadores argentinos a las corrientes filosóficas occidentales. El promotor de esta sociedad fue A. Korn, perteneciente a la generación de los «fundadores y una de las figuras más relevante de la filosofía argentina en este segundo periodo». La generación de 1910 fue la que introdujo y desarrolló la filosofía idealista en la cultura argentina, tanto en la línea de los neokantianos alemanes, bajo la orientación del filósofo español, como en la de los neohegelianos, Groce y Gentile. La sociedad contribuyó, indudablemente, al progreso y afianzamiento de los estudios filosóficos, promocionando al mismo tiempo el interés del público por los temas de la actualidad filosófica. La mayoría de los profesores que ocuparon las cátedras filosóficas de las Facultades de Buenos Aires y de La Plata, a partir de 1928-1929, pertenecieron al grupo de la Sociedad Kantiana.

Directamente vinculada a la influencia intelectual de Ortega, en este su segundo viaje a la Argentina, debe situarse la fundación de la revista *Sur* por doña Victoria Ocampo en 1931. El consejo de redacción de *Sur* estuvo formado por hombres de la talla intelectual de J. Luis Borges, E. Mallea y Guillermo de Torre, quienes compartían la dirección de la revista con un consejo extranjero compuesto por Waldo Frank, P. Henríquez Ureña, Alfonso Reyes y Ortega y Gasset. Estos últimos, vinculados de alguna manera a la actividad intelectual argentina, representaban las preferencias estéticas de Victoria Ocampo y del grupo redactor. El grupo *Sur* constituyó una élite intelectual inclinada hacia los temas de la literatura del pensamiento, en el cual los jóvenes escritores argentinos encontraron una guía y orientación.

Tercer viaje (agosto de 1939 - marzo de 1942)

Cabe destacar por último una tercera etapa, a partir de 1930, en la cual la labor historiográfica en materia de ideas recibió un impulso extraordinario. Esta etapa, que bien podemos denominar de «normalidad filosófica», coincide con el momento más original de la evolución de la filosofía en toda Iberoamérica y en concreto en la Argentina. Ello se debió, en gran medida, al esfuerzo de C. Alberini y F. Romero, quienes realizaron un trabajo sistemático de búsqueda de fuentes y de profundización de las mismas en la filosofía europea y en el propio pensamiento nacional. Al margen de la docencia en cátedra, fueron surgiendo libros y ensayos, gracias en parte a la dirección de Romero al frente la Editorial Losada, que denotaban auténticas vocaciones filosóficas aplicadas inicialmente a analizar el pensamiento occidental. Los discípulos y herederos de A. Korn realizaron posteriormente, a través de Romero, una labor bibliográfica fundamental para la formulación de la historia de las ideas hispanoamericanas.

C. Alberini, al ser preguntado sobre la existencia de un pensamiento filosófico autóctono en esta tercera etapa, respondió: «No tenemos tradición filosófica. Nada más difícil que estudiar filosofía en Latinoamérica... Lo que se ha hecho durante los últimos años no es sino, en general, una manera de transplantar el pensamiento europeo. Hemos citado, diremos, en pleno esfuerzo exógeno, o sea, de absorción de lo puramente externo. Sólo ahora ese esfuerzo empieza a entremezclarse en la inquietud endógena... Poco importa que en la producción de este periodo inicial abunden la simple glosa, los vulgarizadores, el refrito académico, la rapsodia, el periodismo, el compendio, etc... Todo ello era necesario. Históricamente, es menester admitir que esas formas culturales subalternas son

previas al advenimiento de un saber filosófico original. En medio de tanto incipiente bregar, a veces ingenuo, se ha ido destacando, poco a poco, la silueta de un pensamiento filosófico original, superior, a la producción de las épocas anteriores. Bien puede afirmarse, pues, que ahora estamos en plena madurez filosófica» (31).

La filosofía, a partir de los años 30, pasó a ser una faceta más del común ejercicio intelectual. En este entorno, y respondiendo a la exigencia del momento, surgió en 1930 el Colegio Libre de Estudios Superiores.

A. Korn fue uno de sus fundadores y quien más contribuyó a su directriz filosófica. En el colegio se dictaron más de setenta cursos sobre materia filosófica, aparte de seminarios y conferencias no relacionadas con la filosofía. Su contribución a la cultura filosófica de la nación fue importante. En 1941, el colegio creó centros estables de estudio, denominados «cátedras», donde fue posible realizar una labor de investigación e intercambio de ideas más sistemática y continuada.

El tercer viaje de Ortega y Gasset a la Argentina, realizado entre agosto de 1939 y marzo de 1942, se caracterizó por el cambio de actitud del gran público hacia su persona. La extraordinaria percepción del maestro español le permitió captar el contraste sorprendente entre la recepción entusiasta de 1916 y el distanciamiento frío de 1939. El rechazo y el cambio que Ortega reflejó en sus escritos americanos de esta época, *Ictosaurios y editores clandestinos* (1937), *Discursos en la Institución Cultural Española* (1939), *Balada de los barrios distantes* (1939), *Meditación del pueblo joven* (1939), *Meditación de la criolla* (1939), *Al primer Congreso de la Unión de Naciones Latinas* (1953), fue motivado por el silencio del pensador ante

(31) Alberini, C., «Génesis y evolución del pensamiento filosófico argentino», en *Cuadernos de Filosofía*, op. cit., pág. 131.

las graves circunstancias españolas y europeas que estaban teniendo lugar. Desde 1935, año en que salió de España, Ortega se distanció de la contienda civil, adoptando una postura de neutralidad muy difícil de mantener, máxime en un país como la Argentina, donde el sentir de las colonias de republicanos españoles exiliados en Buenos Aires, conocedores de su trayectoria política y de su postura de neutralidad durante la guerra civil española, esperaban de él más de lo que se podía prever. Ortega no llegó nunca a condenar expresamente el franquismo, ni a mostrar simpatía por los aliados. Su mutismo provocó una postura de abierta hostilidad hacia su persona, que él no ignoraba. Incluso los mismos argentinos adoptaron una actitud distante que Ortega no dejó de reflejar en su ensayo de 1939 titulado *Balada de los barrios distantes*: «¿Qué tengo yo que hacer en el centro de Buenos Aires, queréis decírmelo? Soy lo contrario de un hombre de negocios. No participo en intrigas. No tengo oficina. Mis relaciones sociales son sobrias. Detesto las reuniones en que hablan de política los que no entienden ni de política, pero están resueltos a salvar este país, y, de paso, los demás países, encima, la humanidad. ¡Ah..., y también la cultura! Porque la cultura está en peligro y ellos, precisamente ellos, la van a salvar. No he tenido tampoco ocasión de conocer, aparte contadísimas excepciones, a los intelectuales de Buenos Aires. ¿Quieren ustedes decirme qué tengo yo que hacer en el centro de la ciudad con sus calles intestinales, de fachadas mudas, de veredas angostas, por las cuales no se puede pasear?» (32).

Cuando Ortega y Gasset llegó a la Argentina en agosto de 1939, la expectación por conocer de forma directa las ideas del pensador sobre la situación política europea y en especial la española era mayor de lo que podemos suponer. Su negativa a hacer decla-

(32) Ortega y Gasset, J., *Obras Completas*, t. VIII, Revista de Occidente, Madrid, 1957, pág. 408.

raciones provocó el que apareciesen en la prensa titulares como éste: «El hombre a la defensiva por él definido es el eminente filósofo». Detrás de su mutismo se escondía una profunda preocupación y aversión a todo juicio ligero o improvisado sobre las circunstancias de la política internacional: «¿Le parece que se puede y debe improvisar sobre problema tan grave? ¡La situación política de Europa! ¡España!... En estos momentos menos que nunca, la situación de Europa se presta al comentario fácil. ¿Qué sabemos? ¿Lo que dicen los diarios? Pero todo es confuso; ignoramos lo que se está gestando al margen de nuestro conocimiento y que es precisamente lo que puede influir en forma decisiva. ¡Quién sabe!...» (33).

No obstante, la presencia del filósofo español en Buenos Aires en los años 1939 y 1940 se tradujo en una actividad intelectual de gran transcendencia cultural. En el otoño de 1939 dictó en Amigos del Arte, entidad que en esta ocasión había auspiciado su viaje a la Argentina, una serie de diez conferencias sobre *El hombre y la gente*, donde desarrolló sus teorías sociológicas, planteando las relaciones del individuo con la sociedad desde un punto de vista inédito. Desde 1935, Ortega se había aplicado al estudio de la fundamentación ontológica que la Sociología y la Ciencia Histórica poseían. Dos años antes, en 1933, sus *Leciones en torno a Galileo* habían sido una gran novedad por el análisis en profundidad que sobre el mecanismo social-histórico del proceso de la cultura realizaba. La transcendencia cultural del ciclo de conferencias que Ortega dictó en Buenos Aires en esta ocasión se debió a que las *Diez lecciones sobre el hombre y la gente* fueron un anticipo de su obra *El hombre y la gente*, que, unido a la *España invertebrada* y a *La rebelión de las masas* (1930), completó el tríptico sobre la sociología fundamental orteguiana.

(33) «'Hablaré oportunamente; a eso he venido', declaraba Ortega y Gasset», en *La Razón*, Buenos Aires, 30 de agosto de 1939 (referencia periodística).

Durante el primer semestre del año 1940, Ortega dictó de nuevo un curso de filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, donde realizó una exposición de las grandes tesis de la filosofía occidental a la luz de la filosofía de la razón histórica. La influencia del amplio movimiento historicista contemporáneo europeo recibió, en la década de los años 40, un gran impulso en la Argentina debido, en gran medida, al aporte de las dos teorías historicistas de Ortega: el «circunstancialismo» y el «generacionalismo».

Aparte de las conferencias mencionadas, Ortega realizó durante tres miércoles consecutivos, en noviembre de 1930, tres charlas radiofónicas sobre un tema íntimo de la nación argentina, que él tituló: *Meditación de la criolla*. Su análisis de la criolla pretendía abarcar no una mujer singular, sino un tipo de feminidad ejemplar que en los países centro y sudamericano se había ido gestando en los siglos XIX y XX.

Finalmente, en lo que se refiere a su actividad magisterial en la Argentina, Ortega dictó una conferencia en La Plata (el 16 de noviembre de 1939) sobre los pueblos jóvenes de origen colonial. La disertación versó sobre uno de los temas más constantes y antiguos en el pensamiento de Ortega, el análisis del hecho colonial desde la perspectiva de la existencia colonial; forma de vida histórica que en opinión del filósofo y en lo que respecta a América tocaba a su fin.

La actividad del filósofo en tierras americanas durante su tercer viaje, y en concreto desde finales del año 1940, fue mucho más limitada que en ocasiones anteriores, debido a su mala salud. Su enfermedad le frustró muchos viajes, impidiéndole trabajar en su segunda etapa de plenitud como él hubiese deseado. En 1936, su salud le impidió embarcarse hacia América a pesar del compromiso adquirido con la Universidad de Panamá. En agosto de 1937 suspendió su viaje programado a la Argentina, así como tuvo que renunciar a visitar Puerto Rico, con cuya Universidad

tenía una gran deuda personal, y Venezuela. A mediados de marzo de 1942, Ortega se embarcó con rumbo a Lisboa, donde permaneció por espacio de tres años, hasta agosto de 1945, año en que se trasladó a su finca de Valladolid. Su hermano, Eduardo, explicó el regreso del pensador a su patria aludiendo a tres razones de gran peso: «tres impulsos iban a confluír para llevarle a España: primero, a no dudarle, el apasionado amor a sus hijos que residían en Madrid y que sólo breves días podían acompañarle a él y a Rosa, su ejemplar compañera; su concepto —de vieja tradición latina— del emigrado, y finalmente, el más decisivo, la esperanza de utilizar su autoridad como puente y transición en el camino de normalizar la vida en España, al servicio de la cual puso toda su vida» (34).

En definitiva, más allá de las críticas que la obra americanista de Ortega recibió, su actitud hacia el continente americano, y en concreto hacia la Argentina, fue de gratitud y reconocimiento: «Yo debo, ni más ni menos, toda una porción de mi vida —situaciones, emociones, hondas experiencias, pensamientos— a ese país. Así yo no tengo en el Universo y del Universo más que mi vida, y resulta que una parte muy importante de ella se debe a la Argentina... se trata de que debo una parte substancial de mí mismo, de mi vida, a la Argentina. Y esto son ya palabras gruesas» (35).

Ortega descubrió a los argentinos, y a los hispano-americanos en general, nuevas vías de pensamiento por las cuales encauzar su reflexión sobre la peculiaridad del hombre y de la cultura americana; es decir, sobre la circunstancia americana. Si bien es cierto, tal y como A. A. Roig ha señalado: «no se encuentran en los orígenes de la historiografía de las ideas en la Argentina —nos referimos siempre en particular a las

(34) Ortega y Gasset, E., «Mi hermano José», en *Cuadernos Americanos*, 3, mayo-junio de 1956, pág. 203.

(35) Ortega y Gasset, J., *Por qué he escrito «El hombre a la defensiva»*, O.C., t. IV, Revista de Occidente, Madrid, 1957, pág. 70.

ideas filosóficas—, en sus promotores e iniciadores, influencias manifiestas de formas metodológicas provenientes del historicismo de Ortega o del vitalismo irracionalista de Keyserling» (36), en la constitución de la historia de las ideas, producida alrededor de los años 1940, la influencia del historicismo y, dentro de él, del «circunstancialismo» orteguiano y de su método «generacional» difundido por Samuel Ramos y José Gaos en México y por F. Romero y C. Alberini en la Argentina, generaron un interés continental por estas investigaciones, el cual cristalizó en escuelas y discípulos que potenciaron la corriente historicista en las investigaciones historiográficas posteriores. El historicismo ofreció al americano los instrumentos necesarios para una comprensión realista de su propio pensamiento. Dentro de esta línea, el circunstancialismo orteguiano revalorizó la filosofía como una función de la vida. Es decir, la filosofía no debía entenderse como una actividad autónoma de la conciencia, sino como un quehacer metódico y riguroso, en relación con los diversos contextos sociales, políticos, religiosos, etc., de una época dada. El raciovitalismo de Ortega y Gasset potenció en Hispanoamérica la preocupación por lo americano al tiempo que desarrolló la conciencia de «la accidentalidad» de su propia cultura y ser. Sin lugar a dudas, el filósofo español fue uno de los más brillantes jefes espirituales en una coyuntura histórica clave para el desarrollo ulterior de la filosofía en Hispanoamérica. Su constante labor de incitación provocó tal impacto entre sus lectores y discípulos americanos, que la actualidad de sus métodos historiográficos, más o menos modificados, influyeron en muchas formaciones académicas hasta los años 60. El «orteguismo» penetró en la Argentina modelando una forma de pensar y de hablar y creando un personal estilo literario.

(36) Roig, A. A., *op. cit.*, pág. 47.